

J O S E B E U L A S

PROYECTOS Y REALIDADES DE UN PINTOR

CÓNVERSAR con el pintor Beulas es uno de los ocios por demás gratos, en atención al placer estético que nos proporcionan sus noticias. Acaba de regresar a nuestra ciudad con el doble bagaje, optimista, de su juventud exultante y de sus triunfos académicos en la Escuela Central de Bellas Artes de San Fernando. Caso típico de impulso y de dedicación vocacionales a una constante tarea, que acusa las primicias de una floración espléndida, precursora de abundosos frutos en plenitud. Adolescente todavía, maneja lápices y pinceles con un intuitivo desenfado en las agrestes soledades que circundan la pintoresca ciudad, gerundense, de Santa Coloma de Farnés, donde naciera. Y en la risueña luminosidad mediterránea de los rocosos acantilados de la costa brava, capta ansiosamente la gama infinita de matices que la Naturaleza ofrece al artista. Largas e incesantes jornadas de actividad al aire libre van, paulatinamente, acostumbándole a dominar las ingentes dificultades que ofrecen la adecuación de proporcionalidad y perspectiva, plasticidad y colorido, a los estrechos límites de una superficie cualquiera. Son cuadros, naturalmente, ingenuos, de pinceladas líricas y suaves, con formas planas por la extremada degaldez de la capa pictórica. Avanza luego en la técnica, acaso elemental todavía, componiendo paisajes más vibrantes de colorido, que acusan cierta progresión en el desplegado de los planos diversos, con más vivos contrastes en la escala cromática. Una suave ternura impregna los trasuntos de la tierra vernácula, remansada con los matices más delicados; aquellos que son clásicos en las pastorales arcádicas y en las églogas virgilianas. Esto explica el éxito de José Beulas en sus primeras exposiciones de aficionado ante sus coterráneos; si bien una técnica juvenil se refleja ya en sus líricos y finos paisajes con acertados juegos de luces y sombras en flúidos toques.

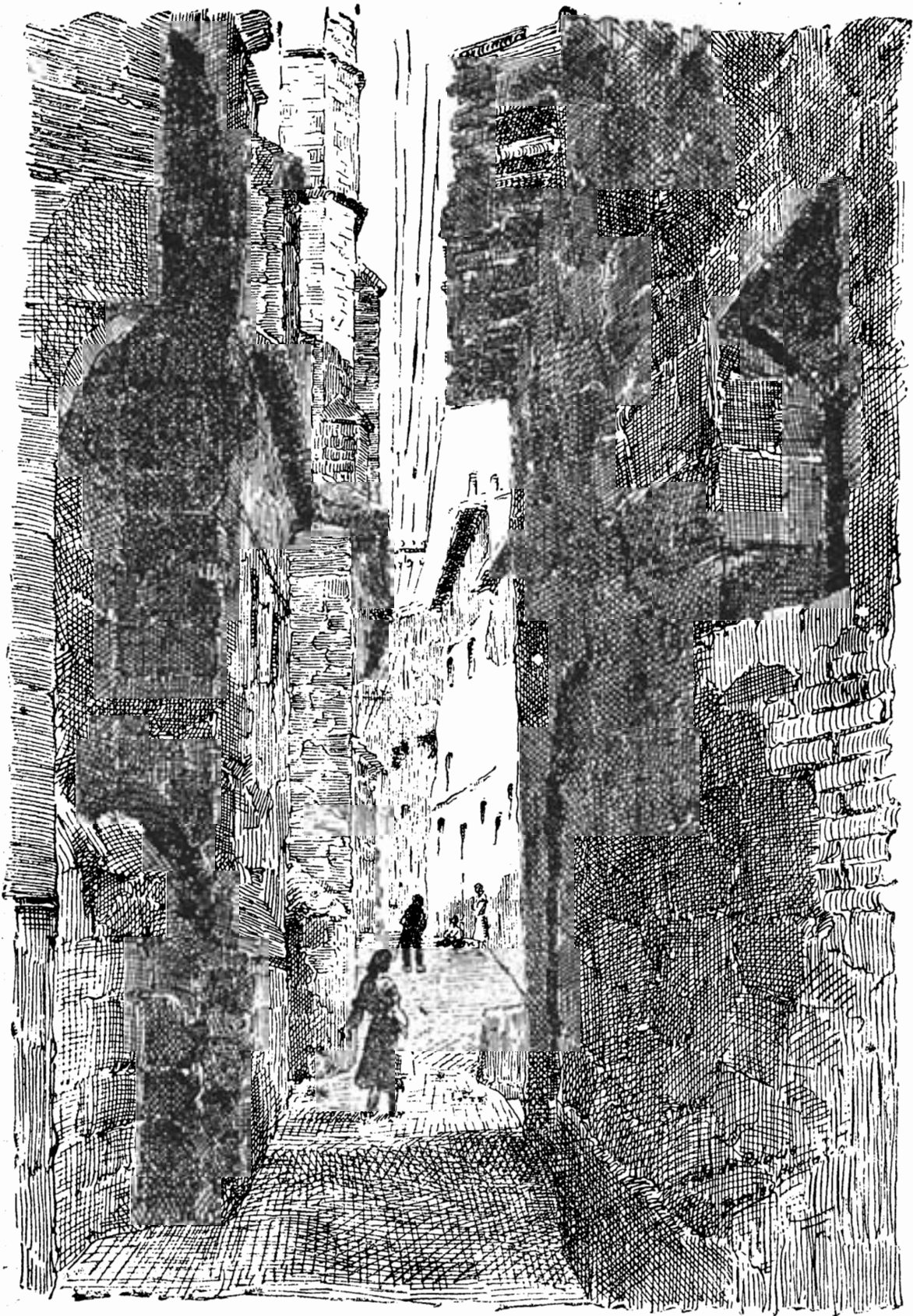
Pocos años después, llega a nuestra ciudad, donde presenta desde 1946 obras sucesivas, constantemente superadas con rigor exigente, en los Concursos Provinciales de Artesanía, organizados actualmente por la Obra Sindical de Educación y Descanso, obteniendo siempre el primer premio. Así como también alcanza la máxima recompensa en la Nacional

de Artesanía de Madrid, en 1948, en triunfal competición con todos los primeros premios de las Exposiciones Provinciales de la Obra en España. Su trabajo galardonado, un interior a contraluz, es un modelo de realismo en la ejecución acabada, con suaves tonalidades vagorosas, tratadas con destreza absoluta en las pinceladas.

Tales progresos logran más efectivos galardones en la beca que el Excmo. Ayuntamiento le otorgó en 1948 a iniciativa de su Alcalde, don Vicente Campo, espíritu generoso a los afanes del Arte, compartidos este año, en egregio mecenazgo, por la fundación de otra beca, con la Excma. Diputación, a propuesta de don José Gil, su Presidente, y paladín esforzado de los supremos valores de la Cultura.

A partir del curso 1947-48 en que ingresa en la Escuela Central de Bellas Artes, junto a quince afortunados—de entre un total de 118 aspirantes—, progresa con justeza nuestro becario, logrando una técnica realista, vitalizada por la sensibilidad de su refinado temperamento artístico que le deparan, en los últimos exámenes, el premio de la Clase de Perspectiva, matrícula de honor en grabado y sobresaliente en pintura. Sus crónicas inquietudes y su laboriosidad incesante le llevan a visitar, junto a nuestros más típicos rincones urbanos, las pintorescas latitudes de que es tan pródiga nuestra geografía provincial, para los más variados temas de composición y colorido, donde agotar, provechosamente, sus vacaciones estivales. Así pinta «La Porteta», obra de auténtico empeño, revalorizando el modelo, mediante una efectista luminosidad, que realza los planos con vigorosas pinceladas que agitan la superficie; «El Escalar» de Panticosa, una acuarela de suavidad verdegueante, con ocres entonados y tierras blancas, y un óleo, «Santa Cruz de la Serós», paisaje efectista, poético y evocador, de pinceladas exactas allí donde los cambiantes de luz o de matiz lo piden. Obras laureadas con los premios 1.º, 2.º y 3.º de la última Exposición de Turismo, organizada por nuestro Municipio.

Año tras otro, las enseñanzas del claustro de profesores de la Central de San Fernando y la atmósfera límpida de serenidad clásica, que allí se respira, van calando hondo en Beulas, cuya aquietada justeza en la teoría de las Artes, prácticamente se desdobra en un algo sensible, y más vigoroso, alejado ya de titubeos y de entonaciones trémulas. Aquellas salas del Museo de la Academia, con sus blancos frailes de Zurbarán, y sus modelos cortesanos de Vicente López y de Los Madrazo, amén de otros pintores maravillosos, son lección perenne en escorzos magníficos de personalidad definida, y en formas nobles con la prestancia de unas figuras desenvueltas a buen ritmo en sus actitudes estatuarías. Así acuciado, se prepara intensivamente para concurrir a la última bienal de Bellas Artes, donde, de entre 1.400 obras aproximadamente



BEULAS: Calle del Palacio (Huesca)

presentadas, sólo unas 400 acepta un Jurado exigente para ser exhibidas en las salas del Palacio de Cristal, en el Retiro. Son dos óleos: «Calle del Palacio» uno, de aquietada serenidad provinciana, típica del «Estrecho de la Catedral» oscense; y otro, «El Barranco de la Fuente» (Alquézar), de enérgico dibujo y avivado colorido característicos, y tres aguafuertes: «Vistas» de Madrid, Huesca y un pueblo de Cataluña, los que Beulas aporta al Certamen y que merecen la admisión.

Detalle curioso, y halagüeño además para nuestro artista, fué el interés mostrado por S. E. el Jefe del Estado deteniéndose ante el primer cuadro—óleo de la «Calle del Palacio»—en la inauguración de la Exposición, y cuya técnica elogió, siéndole presentado su autor, que con otros expositores se hallaba en la Sala, por el señor Ministro de Educación Nacional.

Mariano Tomás, crítico de arte del diario «Madrid» dijo que «se revelaba como un buen paisajista». Y Eduardo Lloset, director del Museo de Arte Moderno, calificó el cuadro «Rincón del Botánico» como «una buena página de pintura moderna».

De su reciente visita a Bilbao nos muestra el bello recuerdo de varias acuarelas matizadas por una difusa claridad fugitiva, de niebla, remansada sobre el verde tierno de algunos fondos que, en otras, aparecen abocetados por una sinfonía de grises, donde aguas y cielos se entremezclan con penachos humosos de factorías y altos hornos. Son las primicias de una serie que proyecta continuar, a la vista de una futura exposición en la industriosa capital de Vizcaya.

También prepara una colección de grabados a base de lugares típicos de nuestra ciudad, destinados a la venta por un precio asequible, como el que avalora nuestra revista: perspectiva urbana de una luz, cernida y blanda, en un dibujo neto y limpio. Otros nos muestra del mismo género, como aquellas «Ruinas de un claustro», dignas de ilustrar la prosa poética de Bécquer: mezcla de fantasmagoría y realismo, en planos perfectos de una arqueología rigurosa y exigente. Pero la clave de sus estudios del curso último ha sido la figura y el desnudo, del natural, y el retrato, de los que ha tenido algunos encargos.

No se olvida, entre tanto, de su labor pictórica para la proyectada decoración de la capilla del cementerio de Huesca, que piensa proseguir más adelante. Composición que trasciende un empaque mural, de colorido aterciopelado, y de vibrantes entonaciones de amatista suave.

—¿Más proyectos todavía?—y nos anuncia su inmediata subida a Torla y al Valle de Ordesa, para pintar nuevas telas en aquellos rincones incomparables. Porque un afán de superación, obsesivo, alimenta constantemente el genio creador de este artista, cual promesa de futuros triunfos.